UNE ✦ SACRA

Apócrifos

Testamentos de Isaac y de Jacob

✦ ✦ ✦

Anónimos (traducción inglesa de S. Gaselee)

Traducción (edición 1.1)

Créditos

Autor	Anónimos (traducción inglesa de S. Gaselee)
Fecha	siglos II a V
Idioma original	Copto
Versión	Traducción (edición 1.1)
Traducción	Traducción popular, a partir de la versión inglesa de S. Gaselee
Fuente	Internet Archive — The Testament of Abraham, with the Testaments of Isaac and Jacob (1927)
Licencia	CC BY-NC-SA 4.0 · original: Dominio público

Acerca de:

Dos textos que continúan el Testamento de Abraham, conservados en copto, árabe y etíope, y leídos por las iglesias de Egipto y Etiopía en la fiesta de los tres patriarcas. Tienen origen judío antiguo, pero la forma que nos ha llegado es cristiana (siglos II a V).

En el Testamento de Isaac, el arcángel Miguel anuncia a Isaac su muerte; él da consejos a su hijo Jacob y a quienes lo rodean, es llevado al cielo, ve los castigos de los pecadores y los lugares de descanso de los justos, y muere en paz.

En el Testamento de Jacob, el mismo ángel viene a Jacob, ya anciano, en Egipto; Jacob bendice a sus hijos y nietos, sube en visión a los cielos y es sepultado por José junto a sus padres.

Traducción inglesa del copto de S. Gaselee, publicada como apéndice al Testamento de Abraham de G. H. Box (1927).

Fuente: https://archive.org/details/the-testament-of-abraham

Esta traducción popular y el diseño de este archivo son de Une Sacra, bajo la licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 (CC BY-NC-SA 4.0): puede copiarse y compartirse citando "Une Sacra (unesacra.com)", sin uso comercial y con la misma licencia. El texto original sigue la licencia de su fuente. Términos de uso: unesacra.com/#/legal/terms

Edición digital generada el 26 de noviembre de 2026 por Une Sacra, biblioteca abierta de textos sagrados. · UneSacra.com

Índice

Testamento de Isaac

Testamento de Jacob

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

TESTAMENTO DE ISAAC

✦

1 Esta es la salida del cuerpo del patriarca Isaac, hijo de Abraham, el día veintiocho del mes de Mesore, en la paz de Dios. Amén.

2 El patriarca Isaac escribió su Testamento y pronunció sus palabras para instrucción de su hijo Jacob y de todos los que se habían reunido junto a él, para que las bendiciones del patriarca estuvieran sobre quienes las escucharan y también sobre quienes vinieran después de ellos.

3 Escuchen estas palabras de instrucción y estas medicinas reconfortantes, para que la voluntad de Dios se cumpla siempre en quien escucha, no solo con el oído exterior, sino en lo profundo del corazón, y permanece en la fe sin dudar; tal como está escrito: Si oyes una palabra, guárdala contigo; es decir, que quien la haya oído se esfuerce con perseverancia, y Dios le dará una bendición por aquello que haya buscado.

3.2 Y también está escrito: No les negará nada de lo que los hijos de los hombres hayan pedido en la tierra. Pues si Dios nos ha dado poder sobre todo lo que hay en la tierra, cuánto más a quien se afirme en la fe en las palabras de Dios y de sus santos, no en la incredulidad, sino con el corazón recto en las palabras de Dios y de todos sus santos: será heredero con los santos en el reino de Dios.

4 Pero Dios es compasivo y misericordioso; ha aceptado a ladrones y recaudadores de impuestos en las generaciones pasadas, por su inocencia y su fe, justa y firmemente fundada en Dios. Y así será también con todas las generaciones venideras.

5 Cuando se acercaban los días en que nuestro padre, el patriarca Isaac, habría de salir del cuerpo, Dios, el misericordioso, le envió al gran y santo arcángel Miguel, el mismo que había enviado a su padre Abraham. Al amanecer del día veintidós de Mesore, le dijo: «Salve, hijo mío, elegido de Dios, su hijo amado».

5.2 El anciano piadoso y justo, nuestro padre Isaac, acostumbraba hablar cada día con los santos ángeles. Bajó el rostro y lo vio, y le pareció que tenía el aspecto de su padre Abraham. Abrió la boca, alzó la voz y gritó con gran alegría y júbilo: «Estoy viendo tu rostro como quien ha visto a Dios».

6 El ángel dijo: «Ten presente, amado Isaac, que he sido enviado a buscarte por el Dios vivo, para llevarte a los cielos, junto a tu padre Abraham, y para que celebres con todos los santos; pues tu padre Abraham vela por ti y viene él mismo a buscarte. Mira, tu trono está preparado para ti en los cielos, cerca de tu padre Abraham. Tú y tu amado hijo Jacob recibirán una gran herencia, la que pertenece a todos los que están en el reino de los cielos, en la gloria del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; los llamarán con este nombre en todas las generaciones: patriarcas y padres de toda la tierra».

6.2 Pero el anciano piadoso, nuestro padre Isaac, respondió al ángel: «Estoy muy asombrado contigo. ¿No eres mi padre Abraham?»

7 El ángel dijo: «Amado Isaac, soy el ángel que sirve a tu padre Abraham. Alégrate y regocíjate, y no te inquietes, porque no te llevarán con dolor, sino con honra y para que descanses para siempre. Te sacarán de una prisión y te llevarán a un lugar amplio. Te conducirán a una alegría sin fin, a la dicha, la luz, el placer, el júbilo y un frescor inagotable. Ordena tu testa-

mento y las instrucciones para tu casa, para que puedas partir al descanso. Bendito sea tu padre, que te engendró, y bendito seas tú; bendito sea tu hijo Jacob, y bendita tu descendencia venidera».

8 Jacob los oyó hablar entre sí: se acercó y prestó atención, pero no habló. Nuestro padre Isaac le dijo al ángel con pesar en el corazón: «¿Qué haré con la luz de mis ojos, Jacob, mi amado hijo? Temo por causa de Esaú; tú mismo conoces todo el asunto».

8.2 El ángel le dijo: «Amado Isaac, aunque se reunieran en un solo lugar todos los pueblos de la tierra, no podrían deshacer la bendición que pronunciaste sobre Jacob cuando lo bendijiste. El Padre lo ha bendecido; Miguel, todos los ángeles, todos los seres celestiales, los espíritus de todos los justos y tu padre Abraham han respondido: "Amén". El acero no se acercará a él; será exaltado en gran manera y se extenderá. Se convertirá en una gran nación, y de él saldrán doce tribus».

9 Nuestro padre Isaac le dijo al ángel: «Me has consolado mucho. Pero que Jacob no lo sepa, para que no se aflija ni llore, pues nunca le he causado dolor». El ángel del Señor le dijo: «Amado Isaac, bendito todo justo que sale del cuerpo; benditos los que se encuentran con Dios. ¡Ay, ay, ay, tres veces del pecador, porque ha nacido en el mundo! Habrá aflicción, amado mío. Por eso instruye tú mismo a tus hijos según tu camino y según todo lo que tu padre te mandó. No ocultes nada a Jacob, para que lo escriba para todas las generaciones venideras y todos los que aman a Dios obren de acuerdo con ello y alcancen para sí la vida eterna. Pero, sobre todo, ten presente que vengo a ti con alegría, sin demora».

10 La paz que el Señor nos dio te la doy a ti, pues debo partir enseguida hacia quien me envió.

11 Cuando el ángel dijo esto, se elevó sobre la cama de nuestro padre Isaac y se marchó mientras Isaac lo miraba. Isaac quedó asombrado por la revelación que había visto y dijo: «No veré la luz hasta que me busquen». Mientras decía esto, Jacob se levantó. Se acercó a la puerta de la habitación de su padre; el ángel lo había sumido en un sueño para que no los oyera hablar.

11.2 Cuando llegó cerca del lugar donde dormía su padre, le dijo: «Padre mío, ¿con quién hablas?» Su padre dijo: «Con Isaac. ¿Me oyes, hijo mío? Han venido a buscar a tu anciano padre para apartarlo de ti, amado hijo». Abrazó a su padre y lloró, diciéndole: «Mi fuerza se ha ido y me ha dejado; me has convertido en huérfano, padre mío; hoy me he quedado sin padre y desdichado».

12 Nuestro padre Isaac abrazó a Jacob y lo besó; ambos lloraron hasta que dejaron de hacerlo, mientras Jacob decía: «Llévame contigo, amado Isaac, padre mío bendito». Pero su padre dijo: «No puedo disponerlo así, amado Jacob. Pero gracias a Dios, tú también eres padre, amado mío. Espera hasta que vengan a buscarte. Recuerdo también el día en que fue arrancado el ciprés alto y frondoso, mientras yo hablaba con mi señor y padre Abraham; no pude hacer nada. Así también ahora, hijo mío, se ha cumplido lo que Dios dispuso para cada uno según su poder, pues lo escrito no se puede cambiar.

12.2 Pero Dios sabe, hijo mío, que mi corazón está muy apesadumbrado por ti; además, me alegra ir hacia el Señor. Así que cobra ánimo con espíritu noble y deja de llorar tanto».

13 Escúchame, amado hijo, para que pueda hablar contigo. ¿Dónde está la primera creación que Dios hizo con sus propias manos, es decir, nuestro padre Adán y nuestra madre Eva? ¿Dónde están Abel y Set? ¿Dónde están

Enós y Mahalaleel? ¿Dónde están Jared y mi padre Enoc? ¿Dónde están Matusalén y Lamec? ¿Dónde está nuestro padre Noé y sus tres hijos, Sem, Cam y Jafet?

13.2 Después de ellos, Arfaxad, Cainán, Sala, Éber, Reú, Serug, Nacor, Taré, mi padre Abraham y su hermano Lot. Todos ellos probaron la muerte, salvo nuestro perfecto padre Enoc, que fue llevado a las alturas celestiales. Después de ellos, de ti vendrán doce generaciones, para que Jesucristo nazca de tu descendencia, de una virgen llamada María».

14 Dios estuvo con él hasta que cumplió cien años. Ayunaba cada día hasta la puesta del sol, ofrecía sus sacrificios y los de su familia por la salvación de su alma, pasaba la mitad del día en sus prácticas ascéticas y la mitad de la noche orando a Dios. Así lo hizo durante muchos años. Tres veces al año pasaba cuarenta días sin comer; no bebía vino ni comía fruta, y no dormía en cama ni en colchón: oraba a Dios.

15 Cuando la multitud oyó que el hombre de Dios podía ver con claridad, acudió a él desde todos los países y lugares para escuchar sus instrucciones de vida, pues sabían que el espíritu de Dios hablaba en él.

15.2 Los principales que se habían reunido junto a él le dijeron: «Padre santo nuestro, ¿qué disposición se te ha revelado después de tanto tiempo, desde que se oscureció la luz de tus ojos? Mira, ahora ves con claridad». Pero el anciano piadoso abrió la boca, se rio y les dijo: «Hijos míos y amados hermanos, Dios me ha sanado. Cuando vio que me acercaba a las puertas de la muerte».

16 Hizo que esto me sucediera para consolarme en mi vejez.

17 Pero el sacerdote de Dios le dijo: «Muéstrame el camino para hallar palabras de consuelo». Él le dijo: «Mantén santo tu cuerpo, porque es el templo de Dios y el espíritu de Dios habita en él. Mantén también tu frágil carne pura y santa. Cuídate, no te mezcles con los hombres, para que no salga de tu boca palabra alguna de ira. Cuídate de la calumnia. Cuídate de la vanagloria. Cuídate de hablar a solas con una mujer. Cuídate de pronunciar palabras ociosas. Cuida tus manos, para que no se extiendan hacia lo que no es tuyo. No ofrezcas un sacrificio si tienes alguna mancha. Lávate con agua cuando quieras acercarte al altar.

17.2 No mezcles los pensamientos del mundo con los pensamientos de Dios cuando estés ante él. Esfuérzate por estar en paz con todos los hombres cuando ofrezcas un sacrificio a Dios».

18 Si te acercas al altar, repite cien veces una oración a Dios y haz esta confesión con estas palabras: «Dios incomprensible, inescrutable, invencible, tesoro santo, purifícame con amor, porque soy carne y sangre y me he refugiado en ti. Sé que soy impuro; límpiame, Señor, a mí, que he venido a ti inclinado ante ti. Sé que soy impuro; límpiame, Señor, a mí, que he venido a ti inclinado, para que envíes sobre mí el fuego que consume la materia creada. Tu misericordia quita mi iniquidad; perdóname, que soy pecador, y perdona a toda tu creación, que tú hiciste.

18.2 No tengo disputas como las bestias; estoy en paz con todos los que fueron hechos a tu imagen; no me inquietan los malos pensamientos».

19 Soy tu hijo, soy tu siervo, soy hijo de tu esclava. Yo soy el pecador; tú eres quien perdona. Perdóname con amor y escucha mi oración, para que pueda estar ante el altar y mi sacrificio sea aceptable a tus ojos. No me rechaces por mi pecado; acéptame como a una oveja que se ha extraviado. Dios que

estuviste con nuestro padre Adán, con Abel, con Noé y con nuestro padre Abraham, está también conmigo. Tú que estuviste con nuestro padre Jacob, está también conmigo y recibe de mi mano mi sacrificio».

20 Cuando hayas repetido esto antes de subir al altar, ven entonces y ofrece tu sacrificio; y esfuérzate por mantenerte muy atento, porque aquí está el Espíritu del Señor, para que no lo irrites. La labor de un sacerdote no es poca cosa.

20.2 Conviene que todo sacerdote de hoy, hasta la última generación y hasta el fin del mundo, no se llene de vino, ni de pan, ni de agua; que no hable de los sucesos de este mundo ni escuche a quienes hablan de ellos. Deben dedicar toda su vida a la oración constante, a la vigilancia y a la vida ascética, hasta que el Señor venga a buscarlos en paz.

21 Todo hombre que está en la tierra, sea monje o sacerdote, debe amar el retiro bien elegido después de cierto tiempo, renunciar al mundo y a sus malas preocupaciones, permanecer con pureza en el santo servicio de los ángeles y purificarse ante el Señor y sus ángeles, por sus santos sacrificios y su servicio angelical, que es el modelo [de lo que realizarán en los cielos].

21.2 Los ángeles serán sus compañeros por su fe perfecta y su pureza, y grande será su honor ante Dios. En pocas palabras, sea pequeño o grande, el Señor busca de él que no tenga pecado; pero los malvados que pecan deben arrepentirse ante Dios.

21.3 No cometerás ninguno de estos pecados: no matarás con la espada; no matarás con la lengua; no cometerás fornicación con tu cuerpo; no cometerás fornicación en tus pensamientos; no te contaminarás; no envidiarás; no te enojarás hasta que se ponga el sol ni permanecerás en la vanagloria.

21.4 No te alegrarás por la caída de tu enemigo ni por la de tu prójimo; no blasfemarás; no enseñarás a tu boca a calumniar; tus ojos no mirarán a una mujer con deseo. De estas cosas y otras semejantes debemos cuidarnos mucho, hasta que cada uno de nosotros se salve de la ira que será revelada en el cielo.

22 Cuando la multitud reunida con él oyó estas cosas, todos gritaron a una voz y dijeron: Justas y verdaderas son estas palabras. Pero el anciano que amaba a Dios guardó silencio: se subió la manta y se cubrió el rostro. La multitud y el sacerdote guardaron silencio mientras él descansaba un poco. Entonces el ángel de su padre se acercó a él, lo llevó a los cielos.

22.2 Vio con temor y temblor multitudes separadas a uno y otro lado, como en el día del juicio final, y contemplarlas causaba gran espanto. Algunos tenían rostros de camello; otros, rostros de leones, hienas y leopardos; otros, rostros de perros; otros tenían un solo ojo, algo aterrador

23 en ellos. Y miré, y vi que traían a uno perseguido. Cuando llegaron ante las bestias, quienes iban con él se apartaron. Los leones se acercaron, lo desgarraron por la mitad, lo hicieron pedazos miembro por miembro; lo despedazaron y se lo comieron. Luego lo vomitaron y él volvió a quedar como antes. Y cuando pasó más allá de los leones, ellos hicieron lo mismo con él.

23.2 Simplemente lo entregaban unos a otros: cada uno lo desgarraba, se lo comía y lo vomitaba, y él volvía a quedar como antes, sí, igual que él mismo. Le dije al ángel: Señor mío, ¿cuántos pecados cometió este hombre para que le hagan todo esto? El ángel me dijo: Este hombre que has visto pasó cinco horas enemistado con su prójimo; murió sin que se reconciliaran.

24 Mira, lo entregan en manos de cinco verdugos: lo atormentan durante un año por cada hora, como castigo por las cinco horas que pasó enemistado con su prójimo. El ángel volvió a hablarme: Amado Isaac, ¿crees que no hay otros además de estos? Cree, amado Isaac, que hay setenta mil verdugos.

24.2 Por cada hora que un hombre esté enemistado con su prójimo, debe caer en manos de esos verdugos hasta que se cumpla un año entero por cada hora, si no se arrepintió de sus pecados antes de salir del cuerpo. Me condujo más adelante hasta un río de fuego. Vi que formaba olas, y sus olas tenían cuarenta codos de altura; su estruendo era como un trueno del cielo.

25 Vi una multitud de almas sumergidas en él a nueve codos de profundidad, y quienes estaban en aquel río gritaban y lloraban a voz en cuello, con grandes suspiros. [El río] no aflige a los justos, sino que quema a los pecadores, pues los reconoce por el gran hedor que los rodea.

25.2 Vi la profundidad del abismo, cuyo humo subía muy alto; vi una multitud de hombres arrojados allí, que gritaban y lloraban, cada uno con suspiros. El ángel me dijo: Mira hacia abajo y ve también a estos otros. Cuando los hube visto, me dijo: Estos que están sumergidos en el frío son los que cometieron la iniquidad de Sodoma, y por eso sufren tormentos terribles.

25.3 De nuevo vi otra profundidad, llena de gusanos que nunca dormían y de serpientes; había hombres sumergidos en ella que gritaban y lloraban.

26 De nuevo vi a Abtelmolucos, encargado de los tormentos. Era todo fuego y golpeaba a los verdugos del infierno, diciéndoles: Golpéenlos, para que sepan que Dios existe.

27 De nuevo vi otra gran profundidad, toda de fuego, y debajo había una multitud de hombres que gritaban y lloraban, cada uno con suspiros. El ángel me dijo: Mira con tus ojos y contempla todos los castigos. Pero le dije al ángel: Mis ojos no alcanzan a verlos todos, pero miraré. ¿Cuánto tiempo permanecerán entonces bajo castigo?

27.2 Me dijo: Hasta que el Dios misericordioso tenga compasión de ellos. Después de estas cosas, el ángel me llevó a los cielos. Vi a mi padre Abraham; me incliné ante él, y él me saludó junto con todos los santos. Todos se habían reunido y me honraron por causa de mi padre. Caminaron conmigo y me llevaron hasta el velo del Padre.

27.3 Me postré y lo adoré con mi padre y todos los santos. Todos le cantamos un himno, gritando y diciendo: Santo, santo, santo.

28 Señor Sabaot; el cielo y la tierra están llenos de tu santa gloria. Desde el lugar santo, el Señor dijo a mi padre: Todo hombre que ponga a su hijo el nombre de mi amado Isaac tendrá mi bendición en su casa para siempre. Bienvenido, Abraham, el fiel; bienvenida tu raíz bendita y buena.

28.2 Ahora, pide en el nombre de tu amado hijo Isaac todo lo que deseas, y hoy te será concedido como pacto eterno. Mi padre Abraham dijo: Tuya es la potestad, Señor Todopoderoso.

28.3 Desde el lugar santo, el Señor dijo a mi padre: Todo hombre que ponga a su hijo el nombre de mi amado Isaac, o escriba su testamento y lo ponga en su mano como bendición, tendrá mi bendición en su casa por siempre jamás.

29 O si da de comer a un mendigo hambriento el día de la conmemoración de mi amado Isaac, será aceptado por ustedes en mi reino. Mi padre Abraham dijo: Señor Dios Todopoderoso, si le es imposible escribir su tes-

tamento, que tu misericordia lo alcance, pues tú eres misericordioso y compasivo.

29.2 El Señor dijo a Abraham: Que dé pan a los hambrientos y a los pobres, y yo lo recibiré con ustedes en mi reino, y vendrá con ustedes a la primera hora de los mil años. Nuestro padre Abraham dijo: ¿Y si es pobre y no puede conseguir pan? El Señor dijo: Que pase sin dormir la noche de la conmemoración de mi amado Isaac, y lo recibiré con ustedes como heredero en mi reino.

29.3 Mi padre Abraham dijo: Si es débil y esto le resulta imposible, que tu misericordia lo alcance con amor.

30 El Señor le dijo: Que ofrezca un poco de incienso en mi nombre el día de la conmemoración de mi amado Isaac, y lo recibiré con ustedes como hijo en mi reino. Y si tampoco puede conseguir incienso, que se ocupe de su testamento y medite sobre él el día de mi amado Isaac, tu hijo. Pero si no sabe meditar, que vaya a escucharlo de quienes meditan.

30.2 Y si no puede hacer ninguna de estas cosas, que entre en su casa, cierre la puerta y ore cien veces; y lo recibiré con ustedes como hijo en mi reino. Pero mejor que todo esto es que ofrezca un sacrificio en nombre de mi amado Isaac. Y todo el que haga estas cosas de las que he hablado heredará junto con quienes están en mi reino.

31 Todo el que cuide de su vida (y quienes escriban su testamento), o haga cualquier obra de compasión, aunque solo sea dar un vaso de agua, o escriba su testamento o medite sobre él con fe y de todo corazón, y crea en todas estas cosas que he dicho, tendrá consigo mi poder y el poder del Espíritu Santo, y ellos lo guiarán por todo el mundo.

31.2 No habrá distinción en mi ciudad; los recibiré con ustedes como hijos en mi reino, y vendrán a la primera hora de los mil años. Mi paz sea con todos ustedes, atletas santos míos. Cuando terminó de decir estas cosas, todos los seres celestiales cantaron un himno, gritando y diciendo: Santo, santo, santo, Señor Sabaot; el cielo y la tierra están llenos de tu santa gloria.

31.3 Desde el lugar santo, el Padre dijo a Miguel: Miguel, mi fiel administrador, llama a una multitud de ángeles junto con todos los santos.

32 Y el Señor, nuestro Dios, subió

33 en el carro de los querubines, mientras los serafines iban delante de él, junto con los ángeles y todos los santos. Después de decir estas cosas, Jacob corrió hacia su padre Isaac y le besó los labios, llorando. Nuestro padre Isaac lo tocó y le hizo una señal con el parpadeo de sus ojos, queriendo decir: Guarda silencio.

34 Nuestro padre Abraham dijo al Señor: Señor mío, recuerda a mi hijo. Isaac también respondió y dijo al Señor: Señor mío, recuerda a mi hijo Jacob. El Señor le dijo: Mi poder estará con él, y será glorificado en mi nombre. Gobernará la tierra de la herencia, y el enemigo no prevalecerá contra él.

34.2 Nuestro padre Isaac dijo a Jacob: Hijo amado mío, guarda este mandamiento que hoy pongo en tus manos. Cuídate mucho. No aflijas a la imagen de Dios, pues lo que hagas a la imagen del hombre se lo habrás hecho a la imagen de Dios, y Dios hará lo mismo contigo en la hora en que te encuentres con él. Este es el principio y el fin. Después de decir esto, el Señor sacó de su cuerpo su alma, blanca como la nieve.

35 La saludó, la puso con él en un carro y la llevó a los cielos, mientras los serafines iban delante de él con todos sus santos ángeles. Le concedió los bienes de su reino y todas las peticiones que nuestro padre había hecho al Señor; se las concedió como pacto eterno.

36 Esta es la partida del cuerpo de nuestro señor y padre Abraham y de nuestro amado padre Isaac: Abraham, el día veintiocho de Mesore, e Isaac también el mismo día veintiocho del mes de Mesore, a los ciento ochenta años de edad. El día en que nuestro padre Abraham lo ofreció como sacrificio a Dios fue el día dieciocho de Emshir.

36.2 Los cielos y la tierra se llenaron del grato aroma de su sacrificio al Señor. Nuestro padre Isaac fue como plata probada, ennoblecida y purificada por el fuego. Así son todos los que serán purificados por medio de nuestro padre Isaac, el patriarca.

36.3 Pues el día en que su padre, Abraham el patriarca, lo ofreció como sacrificio a Dios, el grato aroma de su sacrificio llegó hasta el velo del Todopoderoso.

37 Bendito es todo hombre que realice un acto de misericordia en el día de los santos patriarcas Abraham y nuestro padre Isaac; serán hechos hijos de ellos en el reino de Dios.

37.2 Porque nuestro Señor estableció con ellos un pacto para siempre; lo guardará con ellos y con quienes vengan después de ellos, diciéndoles: A todo hombre que realice un acto de misericordia en nombre de mi amado Isaac, se lo daré a ustedes como hijo en el reino de los cielos, y vendrá con ustedes a la primera hora de los mil años.

37.3 Así celebrarán fiesta en las edades de luz en el reino de nuestro Señor y nuestro Rey Jesucristo; suyos son la gloria, el honor, el poder y la adoración por los siglos de los siglos. Amén.

38 Recuerden al discípulo que escribió, Makarius, para que el Señor dé descanso a su alma desdichada. Amén.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

TESTAMENTO DE JACOB

✦

1 Esta es también la salida del cuerpo de nuestro padre, el patriarca Jacob, llamado Israel, el día veintiocho del mes de Mesore, en la paz de Dios. Amén.

2 Cuando se acercaban los días en que nuestro amado padre Jacob, el patriarca, hijo de Isaac, hijo de Abraham, debía salir del cuerpo, y Jacob, amado de Dios, había llegado a una edad avanzada, el Señor le envió a Miguel, el arcángel.

2.2 Este le dijo: Israel, amado mío, tú, buena raíz, escribe tus palabras de instrucción para tus hijos, establece para ellos tu testamento y cuida de tu familia; pues ha llegado la hora de que vayas con tus padres y te alegres con ellos para siempre.

2.3 Pero Jacob, amado de Dios, al oír estas palabras del ángel, le respondió y dijo así: Señor mío (pues tenía la costumbre de hablar cada día con los ángeles), le dijo así: Que se haga la voluntad del Señor.

3 Y Dios bendijo a nuestro padre Jacob. Lo puso en un lugar apartado, adonde podía retirarse para orar a Dios día y noche. Los ángeles venían a buscarlo, lo vigilaban, lo protegían y le daban fuerzas en todo. Dios lo bendijo, y su pueblo se multiplicó muchísimo en la tierra de Egipto.

3.2 Cuando bajó a Egipto para reunirse con su hijo José, tenía los ojos nublados por tanto llanto y dolor por su hijo José; pero al bajar a Egipto, recobró la vista y vio con claridad el rostro de su hijo José.

3.3 Jacob Israel se echó sobre el rostro y el cuello de su hijo José; lo abrazó, llorando y diciendo: Ahora puedo morir, porque he vuelto a ver tu rostro y todavía vives, amado mío. Y José era rey de todo Egipto.

4 Jacob vivió en la tierra de Gosén diecisiete años. Llegó a ser muy anciano, lleno de días. Guardó todos los mandamientos y reverenció al Señor. Sus ojos se nublaron, de modo que no podía ver a nadie, a causa de su avanzada edad.

5 Levantó los ojos hacia la luz del ángel que hablaba con él, que tenía el parecido y el rostro de su padre Isaac; tuvo miedo y se turbó. El ángel le dijo: No tengas miedo, Jacob. Soy el ángel que ha caminado contigo desde tu niñez. Te escogí para que recibieras la bendición de tu padre Isaac y de tu madre Rebeca.

5.2 Estoy contigo, Israel, en todo lo que haces y en todo lo que has visto. Yo te libré de las manos de Labán cuando te perseguía; te di todos sus bienes, te bendije a ti, a todas tus mujeres, a tus hijos y a todos tus animales. Yo también te libré de las manos de Esaú. Yo también te mostré el camino hacia la tierra de Egipto, Israel; he hecho que te multipliques muchísimo.

6 Bendito sea tu padre Abraham, porque por su hospitalidad llegó a ser amigo del Dios altísimo. Bendito sea tu padre Isaac, que te engendró, porque su sacrificio fue perfeccionado y agradó a Dios. Bendito seas también tú, Jacob, porque viste a Dios cara a cara y contemplaste la multitud de los ángeles de Dios altísimo.

6.2 Viste la escalera puesta sobre la tierra, cuya cima llegaba al cielo; viste también al Señor de pie sobre ella, con un poder indescriptible. Alzaste la voz y dijiste: Esta es la casa de Dios, y esta es la puerta del cielo. Bendito

seas, porque hallaste fuerza en Dios y fuiste poderoso entre los hombres. Así que no te turbes ahora, amado de Dios.

7 Bendito seas, Israel, y bendita toda tu descendencia, pues serán llamados patriarcas hasta el fin de esta era. Porque, en verdad, ustedes son mi pueblo y la raíz de los siervos de Dios. Bendito todo pueblo que imite tu santidad, tus virtudes, tu justicia y tus buenas obras. Bendito el hombre que los recuerde en su fiesta honorable.

7.2 Bendito el que haga una obra de caridad en su nombre, o dé un vaso de agua a un hombre, o lleve una ofrenda perfecta a su lugar santo o a cualquier lugar santo en su nombre, o dé hospitalidad a un forastero, o visite a los enfermos, o consuele a un huérfano, o vista a un desnudo en su nombre; no le faltará ningún bien en este mundo [y alcanzará] también la vida eterna en la era venidera.

8 Y aún más para quien escriba la historia de su vida y sus trabajos, o la escriba de su puño y letra, o la lea con atención; también para quien la escuche con fe y convicción de corazón, y para quien imite sus obras. Pues todos sus pecados les serán perdonados y serán un regalo para ustedes en el reino de los cielos.

8.2 Ahora, levántate para que te aparten del trabajo y el dolor y te lleven al reposo eterno; serás conducido al descanso sin fin, al reposo que nunca falla, a la luz que nunca se apaga, y al gozo, la alegría y el placer espiritual [evphrosyne]. Así que encomienda ahora tus palabras a tus hijos. Que la paz sea contigo, pues debo ir a Aquel que me envió.

9 Cuando terminó de hablarle así, el ángel se alejó de él en paz, subiendo a los cielos, mientras Jacob lo miraba. Los que estaban en la casa lo oyeron confesar al Señor y alabarlo con bendiciones. Todos sus hijos se reunieron

junto a él, desde el más pequeño hasta el mayor; lloraban con el corazón afligido y decían: Se va y nos deja.

9.2 Le decían: Amado padre nuestro, ¿qué haremos, si vivimos como extranjeros en una tierra extraña? Jacob les dijo: No tengan miedo, pues Dios se me apareció en Mesopotamia y me dijo: Yo soy el Dios de tus padres. No tengas miedo; estaré contigo para siempre, y tu descendencia también estará para siempre después de ti. Te daré a ti y a tu descendencia para siempre la tierra donde estás de pie.

10 Y también me dijo: No tengas miedo de bajar a Egipto. Bajaré contigo a Egipto para multiplicarte, hacer prosperar a tu descendencia para siempre y hacer que José ponga sus manos sobre tus ojos. Tu pueblo se multiplicará muchísimo en Egipto; después volverán a mí a este lugar, y les haré bien por causa tuya. Así que ahora salgan de este lugar.

11 Después de esto, se acercaban los días en que Jacob Israel debía salir del cuerpo. Llamó a José y le habló así: Si he hallado gracia ante tus ojos, pon tu mano bendita sobre mi muslo y júrame ante el Señor que pondrás mi cuerpo en el sepulcro de mis padres. Pero José le dijo: Haré lo que dices, amado padre mío. Su padre le dijo: Quiero que lo jures. Y José juró a su padre Jacob, con estas palabras, que llevaría su cuerpo al sepulcro de sus padres. Jacob se inclinó sobre el cuello de su hijo.

12 Después de esto, alguien fue a buscar a José y le dijo: Mira, tu padre está afligido. José tomó a sus dos hijos, Efraín y Manasés, y fue a ver a su padre Israel. Cuando Israel los vio, le dijo a José: ¿Quiénes son estos tuyos, hijo mío? José le dijo a su padre Jacob Israel: Son mis hijos, los que Dios me dio en la tierra de mi humillación. Israel dijo: Tráemelos.

12.2 Los ojos de Israel estaban oscurecidos por su avanzada edad, de modo que no podía ver con claridad. José se los acercó y él los besó. Cuando Israel los abrazó, dijo: Que Dios aumente tu descendencia. José hizo que sus dos hijos, Efraín y Manasés, se inclinaran hasta el suelo delante de él. José puso a Manasés bajo su mano derecha y a Efraín bajo su mano izquierda.

12.3 Israel cambió de posición las manos: puso su mano derecha sobre la cabeza de Efraín y su mano izquierda sobre la cabeza de Manasés.

13 Y los bendijo, y les dio su herencia, diciendo: Dios, ante quien agradaron mis padres Abraham e Isaac, el Dios que me ha alimentado desde mi niñez hasta este día, el ángel que me libró de todas mis tribulaciones, bendiga a estos muchachos, que son mis hijos y llevan mi nombre y el nombre de mis santos padres Abraham e Isaac.

13.2 Que crezcan y se multipliquen, y lleguen a ser una gran nación sobre la tierra. Después Israel le dijo a José: Voy a morir, y ustedes volverán a la tierra de sus padres; Dios estará con ustedes. Mira, has recibido una bendición mayor que la de tus hermanos, porque conquisté a los amorreos con mi arco y mi espada.

14 Jacob llamó a todos sus hijos y les dijo: Vengan todos junto a mí para que les diga lo que les sucederá, y también lo que le sucederá a cada uno de ustedes en los últimos días. Todos los hijos de Israel se reunieron junto a él, desde el menor hasta el mayor.

14.2 Jacob Israel respondió y dijo a sus hijos: Escuchen, hijos de Jacob; presten atención a Israel, su padre, desde Rubén, mi primogénito, hasta Benjamín. Les dijo lo que llegaría a ser cada uno de sus doce hijos, según

sus nombres y sus tribus, en la bendición del cielo. Entonces toda la multitud de hombres guardó silencio para que él reposara un poco. Fue llevado a los cielos para recorrer los lugares de reposo.

15 Y he aquí que apareció una multitud de verdugos, cada uno con aspecto diferente, dispuestos a atormentar a los pecadores: los fornicadores, las prostitutas, los afeminados, los que se acuestan con hombres, los adúlteros, los que han destruido la criatura de Dios, los hechiceros, los que preparan venenos, los violentos, los que sirven a los ídolos, los perezosos, los calumniadores y los de doble lengua.

15.2 En resumen, por cada pecado del que hemos hablado hay un gran castigo: el fuego que no se apaga, el lugar donde habrá llanto y rechinar de dientes, y el gusano que no duerme. Es terrible que te lleven ante el juez, y es terrible caer en las manos del Dios vivo. ¡Ay de todos los hombres pecadores, para quienes están preparados estos tormentos y estos verdugos!

16 Después de esto, fui llevado de nuevo a lo alto. Él me mostró el lugar donde estaban mis padres, Abraham y mi padre Isaac; estaba todo lleno de luz, y ellos estaban llenos de vida y gozo en el reino de los cielos, en la ciudad amada.

16.2 Me mostró todos los lugares de reposo y todos los bienes preparados para los justos, cosas que ningún ojo ha visto ni oído alguno ha escuchado, y que tampoco han llegado al corazón del hombre: estas son las cosas que Dios ha preparado para quienes lo amen y hagan su voluntad en la tierra, si terminan bien de hacer su voluntad.

17 Después de esto, Jacob dijo a sus hijos: Miren, voy a partir y a reunirme con mi pueblo. Pongan mi cuerpo junto al de mi pueblo, en el sepulcro doble del campo de Efrón el hitita, donde sepultaron a Abraham y a su es-

posa Sara, y donde sepultaron a Isaac, en el camino del campo; el sepulcro que está allí fue comprado a los hijos de Het.

17.2 Cuando Jacob terminó de decir estas cosas, recogió los pies sobre la cama y salió del cuerpo como todos los hombres. El Señor vino del cielo, y Miguel y Gabriel fueron con él, junto con multitudes de legiones de ángeles que cantaban ante su presencia. Recibieron el alma de Jacob Israel en moradas de luz, junto a sus santos padres Abraham e Isaac. Estos son los años de la vida del patriarca Jacob Israel.

18 José lo presentó ante el faraón cuando tenía ciento treinta años, y vivió otros diecisiete años en Egipto. En total fueron ciento cuarenta y siete años. Se durmió en una vejez apacible, perfecto en toda virtud y en toda gracia espiritual. En todos sus caminos alabó a Dios, en la paz de Dios. Amén.

19 José se echó sobre su padre y lo besó, llorando por él. Y José ordenó a sus siervos embalsamadores: «Embalsamen bien a mi padre, según la costumbre de los egipcios». Pasaron cuarenta días embalsamando a Israel y, cuando terminaron los cuarenta días del embalsamamiento de Israel, pasaron otros ochenta días haciendo duelo por él.

19.2 Cuando terminaron los días de duelo de Faraón, durante los cuales lloró por Jacob por amor a José, José habló con los grandes de Faraón y les dijo así: «Si cuento con su favor, hablen por mí ante Faraón, el rey, y díganle: "Mi padre me hizo jurar, cuando estaba por salir de este cuerpo: 'Entierra mi cuerpo en la sepultura de mis padres, en la tierra de Canaán'. Ahora, que me ordene enterrar allí a mi padre y regresar"».

20 El rey Faraón le dijo al sabio José: «Ve en paz y entierra a tu padre, conforme al juramento que él te hizo hacer. Lleva contigo los carros, los carruajes y a todos los grandes de mi reino, así como a cuantos necesites de entre

mis siervos». José adoró a Dios ante Faraón y se fue de allí.

20.2 José subió a enterrar a su padre; lo acompañaron todos los siervos de Faraón, los ancianos de Egipto, toda la casa de José, sus hermanos y toda la casa de Israel. También subieron con él los carros y los jinetes; el ejército era inmenso. Se detuvieron en la era de Gadad, que está al otro lado del Jordán. Allí hicieron por él un duelo grande y muy doloroso, y guardaron luto durante siete días.

21 Los que vivían en la región baja oyeron el duelo que se hacía en la era de Gadad y dijeron: «Este gran duelo es de los egipcios». Hasta el día de hoy llaman a aquel lugar «El duelo de los egipcios». Llevaron a Israel y lo enterraron en la tierra de Canaán, en la sepultura doble que Abraham había comprado por cierta cantidad de plata a Efrón el hitita, frente a Mamré.

21.2 José regresó a Egipto con sus hermanos y con el ejército de la casa de Faraón. José vivió muchos años después de la muerte de su padre y fue rey en Egipto. Pero Jacob Israel murió y fue reunido con los suyos.

22 Ahora, pues, les hemos contado estas cosas para que tengan certeza acerca de la salida de este cuerpo de nuestro padre, el patriarca Jacob Israel, hasta donde nos ha sido posible, pues está escrito en las Escrituras espirituales de Dios y en las antiguas composiciones de nuestros santos padres los apóstoles; yo mismo, Atanasio, su padre.

22.2 Si desean conocer el fundamento de este testamento del patriarca Jacob, tomen el Génesis del profeta Moisés, legislador, y léanlo. Su mente recibirá luz, y encontrarán allí estas cosas y otras más escritas sobre él. Encontrarán a Dios y a sus ángeles; Dios era amigo de ellos mientras aún estaban en el cuerpo y hablaba con ellos muchas veces, en muchos pasajes de la Escritura.

22.3 Y también encontrarán que habló en muchos pasajes de la Escritura con el patriarca Jacob, diciendo: «Bendeciré a tu descendencia como las estrellas del cielo».

23 Y también Jacob hablaba con su hijo José y le decía: «Mi Dios se me apareció en la tierra de Canaán, en Luz. Me bendijo y dijo: "Te bendeciré, te multiplicaré y haré que de ti surjan pueblos y naciones. Daré esta tierra a tu descendencia después de ti como posesión perpetua"».

24 Miren, pues, amados míos: hemos oído estas cosas acerca de nuestros padres los patriarcas. Imitemos sus obras, sus virtudes, su amor a Dios, su amor a las personas y su hospitalidad, para que seamos dignos de ser sus hijos en el reino de los cielos y ellos oren a Dios por nosotros, para que nos libre de los castigos que hay en el infierno, aquellos que el santo patriarca Jacob describió con palabras llenas de dulzura cuando instruía a sus hijos acerca de los castigos y los llamaba la espada del Señor Dios.

24.2 Estos son el río de fuego preparado, que levanta grandes olas para los pecadores y para quienes se han contaminado.

25 Estas son las cosas que reveló el patriarca Jacob cuando instruía a los demás hijos, para que quienes aman el conocimiento escuchen y hagan el bien en todo tiempo, se amen unos a otros y amen la caridad y la compasión. Porque la compasión es más alabada que el juicio, y la caridad cubre multitud de pecados. Y también: quien se compadece del pobre le presta a Dios con intereses.

26 Ahora, pues, hijos míos, no dejemos de orar y ayunar, y manténganse a la espera, pues estas son las cosas que ahuyentan a los demonios. Hijos míos, apártense de la fornicación, la ira, el adulterio y toda maldad; especial-

mente de la violencia, la blasfemia y el robo.

26.2 Porque ningún violento heredará el reino de los cielos; tampoco lo heredará ningún fornicario, afeminado, hombre que se acueste con hombres, blasfemo, avaro, idólatra, maldiciente, impuro ni ninguno de los que les hemos mencionado. Hijos míos, honren a los santos, pues ellos oran por ustedes para que su descendencia se multiplique y hereden la tierra como herencia perpetua.

26.3 Hijos míos, sean hospitalarios, para que reciban la porción de nuestro padre Abraham, el gran patriarca.

27 Hijos míos, amen a los pobres, para que, así como hacen aquí por el pobre, Dios les dé para siempre el pan de vida en los cielos, hasta el fin. A quien dé de comer a un pobre el pan de aquí, Dios le dará de comer del árbol de la vida.

27.2 Vistan al pobre que está desnudo aquí en la tierra, para que Él los vista con una túnica de gloria en los cielos y ustedes lleguen a ser para siempre hijos de nuestros santos padres los patriarcas Abraham, Isaac y Jacob en los cielos.

27.3 Atiendan aquí a la palabra de Dios y recuerden a los santos, para que escriban sus consejos y sus himnos, que dan consuelo a quienes los oyen; así también escribirán su nombre en el libro de la vida en los cielos y los contarán entre sus santos que le agradaron en su generación y que ahora ocupan su lugar con los ángeles en la morada de los vivos.

28 Cada año, en esta época, conmemoramos a los santos, nuestros padres los patriarcas. Nuestro padre Abraham, el patriarca, el día veintiocho de Mesore. También nuestro padre Isaac, el patriarca, el día veintiocho de Mesore.

28.2 Y asimismo nuestro padre Jacob, el día veintiocho de este mismo mes de Mesore, tal como lo encontramos escrito en las antiguas composiciones de nuestros santos padres, que agradaron a Dios. Que por sus súplicas y sus oraciones todos juntos podamos obtener su parte y su herencia en el reino de nuestro Señor, nuestro Dios y nuestro Salvador Jesucristo.

28.3 Por medio de él es... la gloria del Padre con él, y del Espíritu Santo, dador de vida, ahora, siempre y por los siglos. Amén.

29 Acuérdense de mí, para que Dios me perdone todos mis pecados, me dé entendimiento y me conceda descansar sin pecado. Amén.

Une Sacra · edición 1.1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0